

# En torno a las consecuencias sociales de las medidas contra la pandemia

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ\*

## RESUMEN

El artículo recoge algunos resultados de una investigación en curso sobre las consecuencias sociales de las políticas adoptadas contra la pandemia de la COVID-19. Presta atención a los efectos en el crecimiento económico y el empleo, la enseñanza formal y la socialización de niños y adolescentes. Al respecto se enfatiza el componente desigualitario de las consecuencias negativas, que afectan más a los niveles socioculturales más bajos. El artículo concluye planteando un conjunto de hipótesis y preguntas acerca de otros ámbitos (distancia social, vínculos sociales, confianza en los demás, debate público, ciudadanía y clase política) que también forman parte de esta investigación en desarrollo.

En este artículo se presentan algunos resultados, todavía provisionales, de una investigación en curso acerca de las consecuencias sociales de la pandemia de la COVID-19 y, sobre todo, de las medidas adoptadas para afron-

\* Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios, y Universidad Complutense de Madrid (asp@asp-research.com).

tarla<sup>1</sup>. Por consecuencias sociales se entienden las que van más allá de las meramente sanitarias (contagios, hospitalizaciones, fallecimientos), aunque también se tienen en cuenta estas; esto es, consecuencias en la vida laboral, en el sistema de enseñanza, en las pautas de socialización, en las relaciones sociales y en la confianza en los demás, en los aprendizajes escolares, en las relaciones entre ciudadanía y clase política, o en el funcionamiento de la discusión pública. Aquí solo se tratarán con un mínimo de detalle las consecuencias en los tres primeros ámbitos, pero se plantearán preguntas e hipótesis relativas al resto. Previamente se constata la gran relevancia de las medidas restrictivas, y no tanto el daño intrínseco de la pandemia, para entender la evolución del principal indicador de bienestar material (el PIB), a partir de cuya evolución coyuntural podemos inferir consecuencias de todo tipo a corto y, como poco, medio plazo. Además, se enfatizará el componente desigualitario de las consecuencias negativas de las medidas restrictivas contra la epidemia, que están afectando y afectarán más a los niveles socioeconómicos o socioculturales más bajos.

<sup>1</sup> La investigación, patrocinada por Funcas, se lleva a cabo en el marco de Analistas Socio-Políticos, con la coordinación de su presidente, Víctor Pérez-Díaz.

1. LA PERSPECTIVA DE ESTE TRABAJO Y UN RECORDATORIO PRELIMINAR

1.1. La perspectiva del trabajo

Este trabajo (y la investigación en la que se basa) se plantea, primero, desde una perspectiva crítica de las políticas públicas contra la pandemia, pues, sobre todo en un primer momento, dan la impresión de haber priorizado absolutamente las cuestiones sanitarias en detrimento del resto de consecuencias para la vida económica y social; en definitiva, para la vida humana. Incluso, a la vista de lo que vamos sabiendo acerca del exceso de enfermedades y muertes no debidas al nuevo coronavirus en bastantes países, es también plausible la crítica de que en muchos sitios se priorizó una de las causas de enfermedad y muerte en detrimento de todas las demás.

Segundo, se plantea desde una perspectiva que reclama distancia y pausa a la hora de evaluar las consecuencias de unas u otras medidas, o de la epidemia por sí misma. La distancia con respecto al momento actual es necesaria tanto para ver el decurso completo de los acontecimientos como para liberarnos de la obsesión mediática (y no solo mediática) con lo inmediato y lo urgente. Esta está llevando no solo a un recitativo cotidiano, caracterizado por la mera comparación de los datos entre periodos de tiempo, regiones o países, sino a análisis premurosos, a cantos de victoria antes de tiempo, o a acusaciones apresuradas, e injustas, de equivocaciones o malas decisiones a la hora de tomar medidas contra la pandemia. No pocas veces hemos leído en los medios de comunicación de masas lo bien o lo mal que lo estaba haciendo tal o cual país, para comprobar, meses después, que el país acertado escalaba a toda velocidad posiciones en el escalafón de fallecidos por millón de habitantes, y el equivocado descendía escalones hasta dejar de destacar en la clasificación. Cuántas veces hemos leído acerca de cómo determinadas medidas habían salvado a tal país, solo para comprobar que, manteniendo las mismas medidas, la epidemia se recrudecía allí hasta dejar segura-

mente sin palabras a quienes alabaron en un primer momento esas medidas.

La distancia la puede ofrecer la comparación de la pandemia actual con otras no tan lejanas, como la de la mal llamada gripe española de 1918, que produjo daños en términos de muertes y de reducción de la esperanza de vida muy superiores a la actual, sin que esté claro que tuviera graves consecuencias duraderas. Eso sí, los tiempos no son los mismos, y la manera habitual de lidiar con la enfermedad y la muerte de las sociedades más desarrolladas ha debido de cambiar mucho. En 1918 seguramente era más común la sensación de que poco se podía hacer frente a una gripe tan mortífera; hoy tenemos expectativas mucho más elevadas con respecto a la capacidad de la ciencia, de la medicina y de los Estados. Y acostumbrados a tasas de mortalidad mucho más bajas, otorgamos distinto valor a cada vida perdida, aunque sea de gente en los últimos años de su existencia.

La comparación con la gripe de 1918 no se refiere solo a la cantidad del daño. Si es cierto que las consecuencias económicas y sociales fueron de índole menor a medio plazo, ello nos obligaría a pensar, como poco, en términos de medio plazo para evaluar las consecuencias de la crisis actual. Son obvios y se nos imponen irremediablemente el dolor y el sufrimiento actuales, que, entre otras cosas, nos hacen preguntarnos si los podríamos haber evitado o aminorado sustancialmente. Sin desdeñar estos daños de ningún modo, la perspectiva de medio plazo implica, por una parte, que seguramente es pronto para una evaluación suficientemente completa; y, por otra, que habrá que examinar las consecuencias ya observables a corto plazo no tanto en términos del aquí y ahora, sino en los de los plausibles efectos más adelante. Así, es relevante que se haya perdido tanto o cuanto empleo en un determinado país, pero es más relevante lo que cabe imaginar acerca de esa pérdida, dadas las pautas típicas de las crisis económicas y las caídas en el empleo del país en cuestión. Hay que tener en cuenta ambas implicaciones, además, si queremos, efectivamente, entender si hubiéramos podido tomar –o debiéramos haberlo hecho– medidas distintas, menos dañinas y/o más salvíficas.

Esta distancia, y la pausa que la acompaña, no son un lujo que puede permitirse el

investigador social. Es una necesidad tanto para los decisores públicos como para la ciudadanía. Como en tantos otros ámbitos, unos y otros operan en condiciones de presente continuo (Pérez-Díaz y Rodríguez, 2017), reaccionando a los acontecimientos y previéndolos a corto plazo en la medida de lo posible. Pero podemos operar en esas condiciones con más o menos reflexión, es decir, haciendo balance de la experiencia en curso, o huyendo hacia adelante. Temerosos los unos de reconocer haber cometido errores, porque pueda menoscabar su crédito ante el público o porque pueda revelar que las capacidades propias no son tantas como se supone. Acostumbrados los otros a dejarse conducir, a delegar el conocimiento y el juicio crítico en otros, que “saben más” que nosotros, que estamos ocupados en nuestros asuntos familiares y cotidianos. Habitados los unos y los otros a no decirse toda la verdad, quizás. Y todos ellos, a la vez, presa de un conjunto de sesgos cognitivos y de aquiescencia con las opiniones dominantes en los grupos de referencia que reforzaban la huida hacia adelante (Joffe, 2021: 3-4). Pero seguramente es necesario pararse en algunos momentos del camino, levantar la cabeza y echar la vista atrás, y alrededor, y comprobar si se ha aprendido algo, si no nos estamos dejando llevar por esos sesgos, o si, por ejemplo, todos mejoran o empeoran por igual, o si algunos no se han ido quedando por el camino sin que nos diéramos cuenta.

Tercero, por tanto, este trabajo se plantea desde una perspectiva, digamos, comunitarista, en la que se intenta tener en cuenta las pérdidas para el conjunto y para los sectores de ese conjunto que puedan experimentarlas diferencialmente. Qué gran solución es el teletrabajo para evitar los contactos y los contagios en el caso de tantos profesionales y trabajadores de cuello blanco, y qué poco tiene que aportar a los trabajadores de la hostelería, del comercio, de la fabricación, de la agricultura, etc. Qué fácil es para algunos dejar de trabajar si están contagiados o han estado en contacto con un caso positivo, y qué difícil es para otros, de ingresos bajos, que viven casi al día, y a quienes basta con perder quince días de salario u otro tipo de ingresos para acercarlos al umbral de la pobreza. Qué fácil es apoyar los confinamientos y el cierre de actividades económicas si somos una multinacional de las ventas *online*; qué difícil si somos, como se decía antes, el colmado de la esquina. Qué gran oportunidad de aprovechar el confinamiento para cultivar y desarro-

llar las habilidades de profesores y alumnos (y sus padres) con la enseñanza mediante las nuevas tecnologías, o no, si ni siquiera tienes una buena conexión de banda ancha en casa. Por supuesto, esta perspectiva comunitarista incluye a los habitantes de los países menos desarrollados, justamente los que más pueden sufrir, no tanto por las consecuencias directas de la pandemia (por tratarse de poblaciones mucho más jóvenes), como por las indirectas de las medidas más restrictivas adoptadas en esos países o en el mundo desarrollado, y que pueden hacer retroceder sustancialmente los avances en términos de ganancia de renta per cápita y reducción de la pobreza observados en los últimos lustros, y todo lo que esos avances conllevan.

Por último, la perspectiva desde la que se plantea este trabajo no pide cuentas a nadie en particular, pues no parte del supuesto de la gran capacidad de Estados o sociedades para lidiar pronto y eficazmente con cualquier reto que se presente, y sí parte de que esas capacidades son limitadas y de que nuestro “control” de la naturaleza es todo menos absoluto. Qué mal lo ha hecho el gobierno del país X, con tantas muertes por millón; qué bien lo ha hecho el gobierno del país Y, con tan pocas muertes. Pero puede ocurrir que ni siquiera haya estado en manos de esos gobiernos limitar el número de muertes, porque, por razones muy diversas, la susceptibilidad a la enfermedad y al daño que provoca esta quizá eran mayores en el país X que en el país Y, y los resultados habrían sido los mismos o parecidos aplicando las medidas del país X en el país Y, y viceversa. Es decir, hay que incluir, bien medidos, todos los factores en las ecuaciones antes de pedir cuentas, y no está claro siquiera que sepamos cuáles son esos factores. Lo que sí cabe pedirnos a todos es, justamente, el afán de conocimiento y la voluntad de descubrir o, quizás, recordar esos factores, medirlos bien e incluirlos en las ecuaciones correspondientes, lo más comprensibles posible.

## 1.2. Un recordatorio sobre los efectos sanitarios de las medidas más restrictivas

Las medidas que aparentemente adoptó el Gobierno chino para afrontar la epidemia en su país son conocidas en inglés con el expresivo

término de *lockdown*, que hace referencia a las intervenciones no farmacéuticas (*NPI*, según las siglas en inglés) de índole más restrictiva: encerrar en sus casas a enfermos y no enfermos, cerrar las actividades económicas “no esenciales” durante el tiempo necesario para “aplanar” las curvas de contagios y muertes, y no sobrecargar los sistemas sanitarios locales. Los *lockdowns* o confinamientos, una medida de novedad radical y desaconsejada hasta entonces como solución viable para afrontar las pandemias, se generalizaron pronto, y pronto, en semanas, muchos se convencieron de su utilidad para los fines antedichos<sup>2</sup>. Hoy, a la altura de 2021, no está tan claro que las *NPI* más duras hayan servido para mucho, o siquiera para algo, en comparación con las medidas de limitación de movilidad y contactos adoptadas espontáneamente por la población, y/o con *NPIs* menos onerosas para la libertad de movimientos y la economía de los países<sup>3</sup>.

Por otra parte, los cierres prolongados de actividad y la obligación o la recomendación de confinarse en casa han contribuido, junto con la focalización de bastantes sistemas sanitarios en la epidemia actual, a que se hayan dejado de practicar diagnósticos o de aplicar tratamientos de otras enfermedades, retrasándose ambos. Esos retrasos se pueden contabilizar en términos de enfermedades no curadas y de años de vida perdidos, que, dependiendo de la duración del confinamiento y de esos retrasos, pueden llegar a suponer muchísimos años de vida perdidos<sup>4</sup>.

Las *NPI* más restrictivas (*lockdowns*) son las que han provocado o agudizado las recesiones económicas del último año, como veremos más adelante. La generalización de comportamientos individuales preventivos, más o menos alentados desde medios de comunicación y autoridades sanitarias, también habría producido alguna forma de ralentización de la activi-

<sup>2</sup> Una síntesis de la historia de la adopción de este tipo de medidas a lo largo de la pandemia en Magness y Earle (2021).

<sup>3</sup> La bibliografía al respecto no hace más que aumentar. Véanse, entre otros, Berry et al. (2021), Bjørnskov (2021), Savaris, Pumi, Dalzochio y Kunst (2021), Bendavid, Oh, Bhattacharya y Ioannidis (2021), De Laroche Lambert, Marc, Antero, Le Bourg y Toussaint (2020), Atkeson, Kopecky y Zha (2020), Chudik, Pesaran y Rebucci (2021), y, como revisión actualizada de la discusión, Allen (2021).

<sup>4</sup> Para el Reino Unido, por ejemplo, véase Knox y McConalogue (2020); para Francia, entre otros, Brookes, Leleu y Sbaihi (2021).

dad económica, pero en mucha menor medida, como comprobaremos más adelante al comparar unos y otros países según el grado medio de dureza de sus *NPI*.

## 2. MEDIDAS RESTRICTIVAS, EXCESO DE MORTALIDAD Y PIB

La epidemia, o más bien, y, sobre todo, las medidas de contención más drásticas (confinamientos más o menos prolongados, cierres de establecimientos comerciales y hosteleros, toques de queda, cierres perimetrales, cierres de fronteras, etc.) han provocado una crisis económica de gravedad moderada a intensa, según el país considerado. Esta está teniendo, y tendrá, las consecuencias previsibles e imaginables para el empleo y los ingresos de los hogares, dependiendo de la estructura económica de cada país, de las características de sus mercados de trabajo y de las políticas de sostenimiento de rentas, entre otros factores.

A estas alturas (mayo de 2021) parece bastante claro que lo que más ha afectado a la ejecutoria económica y de mercado de trabajo de cada país ha sido el grado de dureza y la duración de las medidas, bastante más que la gravedad de la epidemia en cada lugar<sup>5</sup>. A título de ilustración, valgan los dos gráficos siguientes.

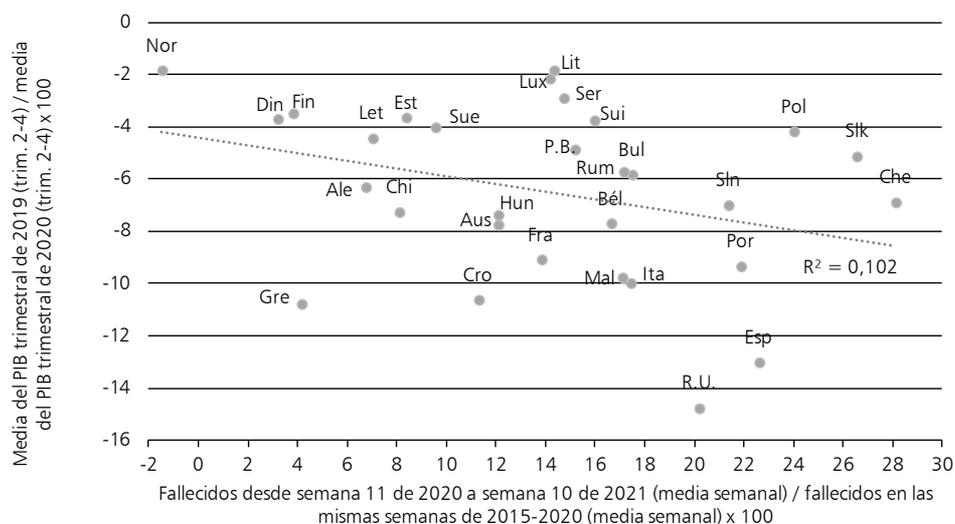
En el gráfico 1 se pone en relación una medida de gravedad de la epidemia en cada país, el exceso de mortalidad medio semanal entre la semana 11 de 2020 y la semana 10 de 2021, en comparación con la misma media para el periodo 2015-2020, expresado en porcentaje<sup>6</sup>, con la variación en términos reales del PIB entre el 2º y el 4º trimestre de 2020 y los mismos de 2019. Pueden utilizarse varias medidas de la gravedad de la epidemia, todas las cuales son algo insatisfactorias. La menos satisfactoria es el número de casos (de “contagios”)

<sup>5</sup> De nuevo, se trata de un convencimiento que parece ir extendiéndose con el tiempo. Véase las referencias recogidas en Joffe (2021).

<sup>6</sup> Se incluyen datos para esas semanas porque, si extendiéramos el periodo hasta un tiempo más cercano, tendríamos cifras muy incompletas para bastantes países europeos. De todos modos, el exceso de muertes desde la semana 10 de este año ha sido menor.

GRÁFICO 1

**EXCESO DE MORTALIDAD EN 2020/2021 Y VARIACIÓN DEL PIB (EN MONEDA CONSTANTE) ENTRE LOS TRIMESTRES 2.º Y 4.º DE 2019 Y 2020 (PAÍSES EUROPEOS)**



Fuente: Elaboración propia con datos de Eurostat (PIB), de *World Mortality Dataset* (Chipre, Malta, Rumanía, Serbia) y *The Human Mortality Database* (resto de países).

obtenidos mediante las diversas pruebas aplicadas. La política de pruebas ha sido muy distinta de un país a otro (incluso, de una zona de un país a otra), y también ha cambiado mucho a lo largo de la epidemia, pues el número de pruebas ha tendido a crecer mucho, de modo que al principio se descubrieron muchos menos contagios que al final. El número de fallecidos por COVID-19 también es problemático, pues los criterios de cómputo también han variado por países y, en lugares como España, a lo largo de la epidemia. El exceso de fallecidos sobre lo que habría cabido esperar si no se hubiera extendido la enfermedad también plantea problemas, pues, claramente, una parte de esos fallecidos no se habrán debido directamente al virus, sino a la falta de atención médica a otras dolencias urgentes o a causas sobrevenidas derivadas de los confinamientos y otras medidas. De todos modos, probablemente es la medida más comparable, pues se trata de fallecidos registrados según estándares bastante comunes y de “excesos” que también pueden estimarse con criterios comunes.

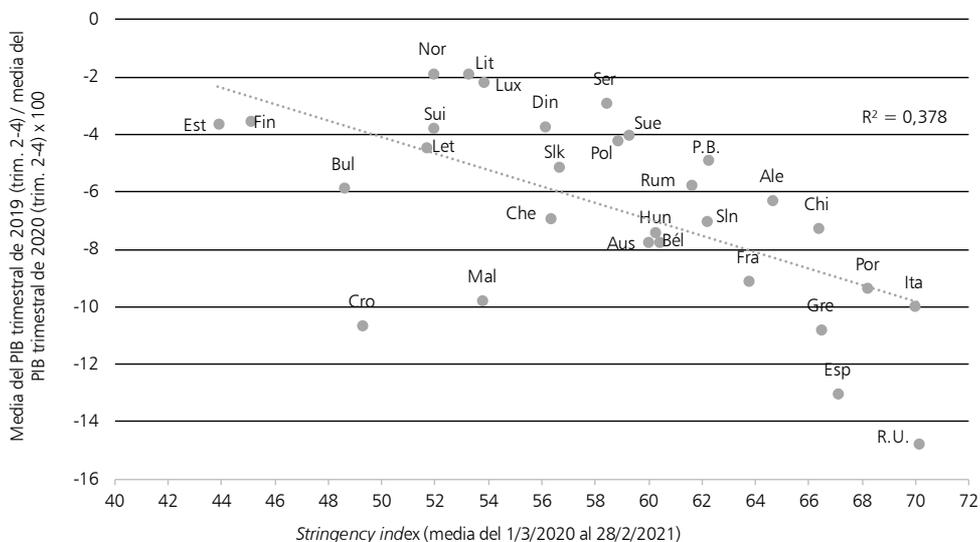
El gráfico recoge datos de los países europeos con cifras de evolución del PIB y de exceso de muertes. La recta de regresión muestra una asociación negativa entre ambas, de modo que cuanto mayor es la gravedad (mayor exceso de muertes) de la epidemia, más cae el PIB. Sin embargo, la asociación es débil ( $R^2=0,102$ ).

Si repetimos el mismo ejercicio, pero considerando la hipótesis de que sea la “dureza” de las medidas adoptadas para afrontar la pandemia la principal razón de la caída del PIB, da la impresión de que los datos corroboran más esta segunda hipótesis que la primera. Como indicador de dureza de las medidas he utilizado la media diaria de un índice de rigor (*stringency index*) elaborado por el Oxford Coronavirus Government Response Tracker y disponible en la web [Ourworldindata.org](http://Ourworldindata.org)<sup>7</sup>. Reitero que la información recogida en el gráfico 2 es más una ilustración que una demostración. Como se observa, la asociación entre las dos variables es mucho

<sup>7</sup> Utilizo la media diaria desde el 1 de marzo de 2020 hasta el 28 de febrero de 2021.

GRÁFICO 2

**ÍNDICE DE RIGOR DE LAS MEDIDAS Y VARIACIÓN DEL PIB (EN MONEDA CONSTANTE) ENTRE LOS TRIMESTRES 2.º Y 4.º DE 2019 Y 2020 (PAÍSES EUROPEOS)**



Fuente: Elaboración propia con datos de Eurostat (PIB), de World Mortality Dataset (Chipre, Malta, Rumanía, Serbia) y The Human Mortality Database (resto de países).

más clara que en el gráfico 1, tal como apunta un valor de R<sup>2</sup> bastante más alto, de 0,378.

En realidad, si tenemos en cuenta la posible influencia conjunta (más bien, la asociación conjunta) de las dos variables (gravidad de la epidemia, rigor de las medidas) con la variación del PIB mediante dos modelos muy sencillos de regresión lineal (cuadro 1), se comprueba que una vez se incluye en la ecuación (modelo 2) la variable del rigor medio de las medidas, la asociación que mantenía la variable de gravedad de la epidemia en el modelo 1 se reduce mucho. Así se comprueba en la caída de su coeficiente estandarizado (de -0,319 en el modelo 1 a -0,153 en el modelo 2), quedando su valor absoluto bastante por debajo del correspondiente al rigor de las medidas (-0,570), que, además, al contrario del coeficiente correspondiente al exceso de mortalidad, sí es estadísticamente significativo.

Como se ha dicho más arriba, este sencillo ejercicio tiene, en realidad, un valor epis-

temológico y de ilustración de la perspectiva expuesta más arriba. No se trata de comparar y clasificar a los países europeos según su “rendimiento” en el binomio muertes-PIB, algo que sí han hecho algunos análisis para emitir juicios sobre la ejecutoria de cada país a lo largo de la pandemia. No es tan obvio que indicadores como el número de contagios o de fallecidos per cápita sean medidas de rendimiento, pues no resulta tampoco obvio que la gravedad de la epidemia hayan podido controlarla o modularla con cierta claridad y eficacia los gobiernos. Esas clasificaciones por “rendimiento” se basan en el supuesto de que los Estados (quizá los países en su conjunto) eran capaces de reducir sustancialmente el daño en vidas provocado por la nueva enfermedad, y de que un mayor exceso de muertes es indicio de peor capacidad o de peor desempeño. Pero este no deja de ser un supuesto, no necesariamente muy probable, pues los factores que han podido afectar al resultado del exceso de muertes no tienen por qué estar bajo el control directo e inmediato de los gobiernos a corto plazo. De hecho, no

CUADRO 1

**DOS MODELOS MUY SENCILLOS PARA ENTENDER LA CAÍDA DEL PIB EN EUROPA ENTRE 2019 Y 2020**

	<i>Coefficientes estandarizados</i>	<i>Significación</i>	<i>R<sup>2</sup></i>
<b>Modelo 1</b>			
Constante		0,002	
Exceso de mortalidad	-0,319	0,086	0,102
<b>Modelo 2</b>			
Constante		0,015	
Exceso de mortalidad	-0,153	0,335	
Rigor de las medidas	-0,570	0,001	0,399

*Fuente:* Elaboración propia.

escasean los análisis que apuntan a factores tales como la estructura de edades de la población, los déficits de vitamina D, la latitud de los países, la trayectoria previa de exceso de muertes en los inviernos, etcétera. Si extendemos el análisis a todo el mundo, observaremos que, independientemente de las medidas adoptadas, muchos países del sudeste asiático presentan cifras de fallecimientos per cápita de las más bajas del mundo, lo que apuntaría, por ejemplo, a factores relacionados con inmunidades previas<sup>8</sup>.

Otra cosa es que los gobiernos no hayan podido o debido plantear la respuesta a la pandemia más en términos de la salud de la ciudadanía, vista en su conjunto, y no concentrar tanta atención y tantos recursos en prevenir uno de los componentes de esa salud, los contagios con el nuevo coronavirus. Con la distancia que se reclamaba al principio del artículo, podremos comprobar si esa concentración de atención y recursos tuvo pleno sentido o no tanto.

Lo que los gobiernos, hasta cierto punto, sí podían controlar –bajo el supuesto de que el

<sup>8</sup> Es posible, de todos modos, que sí haya estado en manos de los gobiernos tomar otro tipo de decisiones acerca de los tratamientos médicos de la enfermedad. En los países desarrollados, desde luego, no se han aventurado apenas a utilizar medicamentos que quizá puedan tener una eficacia notable contra la COVID-19, tales como, por ejemplo, la ivermectina, que sí han utilizado o están utilizando en países como México o la India, o, al menos, en determinadas zonas de esos países.

rigor de las medidas ha influido sustancialmente y de manera negativa en la evolución del PIB– es, justamente, la caída del PIB, que, obviamente, no es meramente una cifra, sino, a pesar de todas las críticas, el mejor indicador de bienestar material con que contamos, con todo lo que pueden implicar caídas pronunciadas a medio o a largo plazo. Sabemos que un confinamiento de dos meses disminuye más la actividad económica que uno de un mes; que si se cierran las fronteras, los ingresos por turismo se desplomarán; que un toque de queda hasta las nueve de la tarde provoca más daños a la hostelería que un toque de queda hasta las once de la noche, y ambos más que la ausencia de toque de queda. Definir unos u otros productos o servicios como esenciales tiene consecuencias distintas para los fabricantes y distribuidores de esos productos, o para los proveedores de esos servicios; prolongar la prohibición de aglomeraciones de un tamaño determinado en espectáculos públicos es peor para el sector correspondiente que no prolongarla; etcétera, etcétera. No hace falta siquiera entrar a considerar si unas u otras medidas son más o menos eficaces para controlar la pandemia. Las consecuencias en la actividad económica y el empleo son más que evidentes.

Y también sabemos bastante de las consecuencias a corto y, al menos, a medio plazo de esas caídas en la actividad y el empleo: en términos de empresas viables que no volverán a abrir, de trayectorias laborales truncadas, de decisiones vitales pospuestas (a veces *sine die*),

de horizontes vitales que no se aclaran para ciertas generaciones, de caídas en el riesgo de pobreza o en la pobreza más desnuda, de tras-toque generalizado de las condiciones de vida para algunos individuos y sus familias, de ingresos públicos que no llegarán, y de gastos públicos necesarios que no se efectuarán –o sí lo harán, acrecentando una deuda pública cuyo pago habrá que afrontar en algún momento–, de diagnósticos y tratamientos médicos que no podrán financiarse o se postpondrán. Y así sucesivamente, traducéndose, por ejemplo, en años de vida (de calidad) perdidos, que pueden ser muchos (Joffe, 2021). No se trata de la actividad económica, sino de la vida humana en su conjunto y en toda su riqueza, en las condiciones en que dicha vida humana transcurre desde hace bastantes décadas.

Una última consideración sobre la relación entre las variables consideradas es algo marginal, pero puede ser indicativa de una de las razones por las que los gobiernos han adoptado medidas más o menos estrictas, aparte del efecto imitación, que parece ser lo decisivo (Sebhatu *et al.*, 2020)<sup>9</sup>. Los datos que sirven para elaborar los dos gráficos anteriores revelan que el rigor de las medidas no se asocia negativamente con la gravedad de la epidemia. Es decir, no parece que cuanto más rigurosas son, menor es el exceso de mortalidad. Esto ya se ha comentado más arriba. Lo llamativo es que, si acaso, la asociación es positiva: cuanto mayor el rigor, mayor es el exceso de mortalidad, o viceversa. La asociación entre ambas variables es débil ( $R^2=0,085$ ). Podríamos interpretar esta última asociación suponiendo que los gobernantes en los países con epidemias más graves (por las razones que sean) se han sentido más inclinados a ser o parecer más duros a la hora de afrontar la epidemia.

### 3. CONSECUENCIAS EN EL EMPLEO, Y SUS DERIVADAS

Visto lo que varía la caída del PIB de unos países europeos a otros, sería fácil suponer que la caída en el empleo ha sido también muy diferente. En algunos países apenas se ha notado

<sup>9</sup> Aunque también se puede mencionar la hipótesis de una suerte de “histeria de masas” que embargó a gobiernos y ciudadanías en los primeros momentos de la pandemia (Bagus, Peña-Ramos y Sánchez-Bayón, 2021).

la crisis en términos de empleo. En otros, como España, se ha notado mucho o bastante, aunque la aplicación masiva de medidas de sostenimiento de rentas, como los ERTE, dificulta el conocimiento de las cifras de ocupados y parados efectivos.

Con datos de las contabilidades nacionales (de ocupados, medidos según el criterio “nacional”), si comparamos la media de ocupación de los trimestres 2º al 4º de 2020 con los mismos de 2019, comprobamos, por una parte, que la dispersión de la caída del empleo es muy inferior a la observada en la caída del PIB, moviéndose casi todos los países europeos entre el -0,32 por ciento (Bélgica) y el -3,34 por ciento (Estonia); escapan de ese margen, por arriba, Luxemburgo (+1,8 por ciento) y Malta (+1,27 por ciento), y, por abajo, España (-5,57 por ciento). Casi sobra recordar que, *ceteris paribus*, cuanto mayor es la destrucción de empleo, peores son las consecuencias respecto a las trayectorias laborales y vitales, la salud de los trabajadores y sus familias, la alteración de sus horizontes vitales, la probabilidad de acercarse o caer por debajo del umbral de pobreza, los riesgos de desconexión o exclusión social, etcétera.

Más allá de que las consecuencias en el nivel general de la ocupación hayan sido más o menos graves, la crisis derivada de las políticas contra la pandemia ha podido acentuar en algunos países alguno de los efectos menos deseables de las crisis económicas. Como es sabido, los daños en términos de pérdida de empleo y de ingresos laborales no tienen por qué distribuirse por igual en la población ocupada. En general, hay empleos más seguros que otros, dependiendo de la rama de la producción, del tipo de ocupación, de la titularidad pública o privada de los centros de trabajo, del nivel de la ocupación o del tipo de contrato, entre otros factores.

Por ejemplo, los profesores de enseñanza primaria, secundaria o universitaria en España no perdieron su trabajo ni sus ingresos en los meses de confinamiento estricto en la primera fase de la epidemia. Sí lo perdieron o tuvieron que acogerse a expedientes de regulación temporal de empleo (ERTE) trabajadores manuales de una variedad de sectores, con un apreciable menoscabo de ingresos. La pérdida de empleo e ingresos fue muchísimo menor entre los trabajadores que han podido teletrabajar, y muchísimo mayor entre quienes no han podido hacerlo. Por otra parte, los trabajadores en sectores declara-

dos “esenciales” se habrán visto, *ceteris paribus*, menos afectados que los trabajadores en sectores “no esenciales”. Y así podríamos seguir estableciendo comparaciones.

Todo lo cual produce consecuencias desiguales por niveles sociales, cohortes de edad y nacionalidad de los trabajadores. Esa desigualdad de consecuencias, a su vez, será más intensa o duradera en unos países que en otros, dependiendo, entre otros factores, de la flexibilidad de sus mercados de trabajo y de cómo actúen las políticas de sostenimiento de rentas y las políticas activas de empleo.

A título de ejemplo, veamos el caso español, probablemente uno de los que presentan esas desigualdades con más intensidad y/o mayor duración. En primer lugar, dada la composición por sectores y por ocupaciones de los ocupados españoles y los extranjeros, no extraña que, como en la crisis de 2007-2013, se haya resentido mucho más el empleo de los segundos: entre el cuarto trimestre de 2019 y el primero de 2021 (con datos de la *Encuesta de Población Activa*), el empleo de los españoles ha caído un 3,3 por ciento, menos de la mitad que el de los extranjeros, con una caída del 8,4 por ciento (cuadro 2)<sup>10</sup>. El empleo de los españoles casi había recuperado en 2019 el nivel de 2007 (en concreto, había alcanzado el 95 por ciento de aquel nivel), pero no el de los extranjeros (87 por ciento), lo que apunta a un diferencial notable en la duración de las consecuencias negativas entre ambos grupos.

En segundo lugar, también como en la crisis anterior, las primeras y “duras” caídas en el empleo las protagonizan los más jóvenes, entre quienes abunda mucho más el llamado empleo “precario”, basado en la contratación temporal. Entre 2019 y 2021, la caída de la tasa de ocupación en el segmento de 16 a 19 años fue del 45,7 por ciento, del 17,9 por ciento en el de 20 a 24 años, y del 7,1 por ciento en el de 25 a 29 años. El mejor comportamiento lo tuvieron los tramos de edad de 45 a 64 años, pues, en ellos, por término medio, la tasa de ocupación solo cayó un 1,1 por ciento. En 2019, en los tramos de edad de 40 años o más se había vuelto a alcanzar, con creces, la tasa de ocupación de 2007 (véase cuadro 2), pero no en los tramos más jóvenes.

<sup>10</sup> Se comparan los datos del trimestre inmediatamente anterior al comienzo de la pandemia en España con los datos trimestrales más recientes y disponibles.

En tercer lugar, como en la crisis anterior, el empleo público ha “sufrido” menos que el privado. La cifra de asalariados del sector privado cayó un 6,5 por ciento, pero la del público subió un 4,4 por ciento. De hecho, en 2021, el empleo público es un 14 por ciento superior al de 2007.

En cuarto lugar, como viene siendo habitual desde los años noventa, el empleo privado que más se resiente suele ser el de los asalariados temporales. La caída entre los indefinidos ha sido del 1,9 por ciento, muy lejos de la caída en los temporales, del 19,9 por ciento. En la situación profesional de trabajadores por cuenta propia, cae bastante la cifra de empleadores y crece algo la de autónomos (muchos de los cuales serían empleadores que ya no contratan a nadie).

Por último, y en paralelo a lo que ocurrió en la crisis anterior (Rodríguez, 2015), la pérdida de empleos no ha afectado a todos los niveles ocupacionales por igual. El empleo total cayó un 3,8 por ciento en el periodo considerado. Los niveles que más han sufrido son los que generan ingresos medios o medios-bajos: los trabajadores de servicios de restauración y comercio (-17,5 por ciento), los trabajadores no cualificados en servicios, excepto transportes (-10,5 por ciento), los trabajadores cualificados de la construcción (-5,5 por ciento), los operadores de instalaciones y maquinaria (-5,1 por ciento) y los peones (-5,1 por ciento) (cuadro 3). Los que se han resentido menos son las ocupaciones con niveles de ingresos más bien altos y empleos más seguros, con alguna excepción: los técnicos y profesionales de apoyo (+3,7 por ciento), los trabajadores cualificados en el sector primario (+1,8 por ciento), los directores y gerentes (+1,4 por ciento), y los técnicos y profesionales de la salud y la enseñanza (+1,3 por ciento).

Si nos fijamos en categorías ocupacionales más desagregadas (CNO2011 a dos dígitos, por categorías con un mínimo de 200.000 ocupados en el 4º trimestre de 2019), la intensidad de la desigual afectación al empleo se nota aún más, especialmente en lo que toca a la destrucción de empleo. La caída máxima se da en los asalariados de la restauración (-36,4 por ciento), seguidos de los peones industriales (-15 por ciento), de los operadores de maquinaria fija (-11,9 por ciento) y del “otro personal de limpieza” (-11,2 por ciento).

## CUADRO 2

## OCUPACIÓN EN ESPAÑA (2007-2021), SEGÚN DISTINTAS CARACTERÍSTICAS DE LOS OCUPADOS

	<i>Ocupados en miles (o tasa de ocupación)</i>			<i>Ocupados o tasa de ocupación: 4.ºT 2007 = 100</i>		
	4.ºT 2019	1.º T 2021	Variación (%)	1.º T 2014	4.ºT 2014	1.º T 2021
<b>Total</b>	19.967	19.207	-3,8	82	96	93
<b>Nacionalidad</b>						
Española	16.785	16.237	-3,3	84	95	92
Extranjera	2.469	2.262	-8,4	63	87	80
<b>Edad (tasas)</b>						
16 a 19	8	4	-45,7	22	40	22
20 a 24	39	32	-17,9	48	69	56
25 a 29	68	63	-7,1	75	87	81
30 a 34	76	73	-4,2	83	93	89
35 a 39	79	75	-5,0	88	99	94
40 a 44	80	78	-3,4	89	104	100
45 a 49	77	76	-1,1	88	103	102
50 a 54	74	72	-2,9	92	107	104
55 a 59	65	65	-0,7	96	117	116
60 a 64	42	44	3,2	95	128	132
<b>Situación profesional</b>						
Cuenta propia	3.112	3.080	-1,0	83	86	85
Empleador	959	912	-4,9	75	85	81
Empresario sin asalariados o trabajador independiente	2.048	2.063	0,7	92	92	93
Otros	105	105	0,1	46	39	39
Asalariados	16.846	16.104	-4,4	81	99	94
Sector privado	13.593	12.707	-6,5	78	96	90
Indefinidos	10.100	9.909	-1,9	87	105	103
Temporales	3.493	2.798	-19,9	59	77	62
Sector público	3.253	3.397	4,4	98	110	114
Indefinidos	2.348	2.364	0,7	106	106	107
Temporales	905	1.034	14,2	76	119	136

Fuente: Elaboración propia con datos de la *Encuesta de Población Activa* (INE).

En lo fundamental, la diversidad de efectos de la crisis actual según las categorías consideradas también se observó en la crisis anterior, redundando, por tanto, en consecuencias similares a poco que se prolonguen esos efectos en el tiempo. Se consolida el horizonte de inestabilidad laboral y, por tanto, vital de los trabajadores extranjeros, de los jóvenes, de los trabajadores del sector privado (frente a los del público), y de

los asalariados temporales. Es decir, se refuerzan las expectativas del público acerca de cómo funciona nuestro mercado de trabajo y cómo habrán de ajustarse a este funcionamiento, reiterando, como es de esperar, los patrones del pasado. Estos últimos, a su vez, refuerzan los equilibrios propios de ese funcionamiento, suficientes para una suerte de "ir tirando", pero no para ambiciones mucho mayores.

CUADRO 3

**EVOLUCIÓN ENTRE EL 4º TRIMESTRE DE 2019 Y EL 1.º TRIMESTRE DE 2021 DE LOS OCUPADOS POR GRANDES CATEGORÍAS DE OCUPACIÓN (ESPAÑA)**

	4.ºT 2019	1.ºT 2021	Diferencia (%)
Total	19.967	19.207	-3,8
A. Directores y gerentes	769	779	1,4
B. Técnicos y profesionales científicos e intelectuales de la salud y la enseñanza	1.894	1.918	1,3
C. Otros técnicos y profesionales científicos e intelectuales	1.844	1.862	1,0
D. Técnicos; profesionales de apoyo	2.187	2.269	3,7
E. Empleados de oficina que no atienden al público	1.134	1.127	-0,6
F. Empleados de oficina que atienden al público	949	914	-3,7
G. Trabajadores de los servicios de restauración y comercio	2.684	2.215	-17,5
H. Trabajadores de los servicios de salud y el cuidado de personas	1.290	1.272	-1,4
I. Trabajadores de los servicios de protección y seguridad	436	440	1,1
J. Trabajadores cualificados en el sector agrícola, ganadero, forestal y pesquero	428	435	1,8
K. Trabajadores cualificados de la construcción, excepto operadores de máquinas	883	834	-5,5
L. Trabajadores cualificados de las industrias manufactureras, excepto operadores de instalaciones y máquinas	1.311	1.261	-3,8
M. Operadores de instalaciones y maquinaria fijas, y montadores	577	548	-5,1
N. Conductores y operadores de maquinaria móvil	970	932	-3,9
O. Trabajadores no cualificados en servicios (excepto transportes)	1.457	1.303	-10,5
P. Peones de la agricultura, pesca, construcción, industrias manufactureras y transportes	1.046	993	-5,1
Q. Ocupaciones militares	109	105	-4,1

Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta de Población Activa (INE).

#### 4. RESTRICCIONES EN LA ENSEÑANZA FORMAL, INFANCIA Y ADOLESCENCIA

En cuanto a las consecuencias para el aprendizaje de los escolares, y para la socialización de niños y adolescentes, las medidas restrictivas principales relativas al sistema de enseñanza han sido de tres tipos:

- cierre de los centros, de manera generalizada o solo para ciertos niveles, a lo largo de más o menos tiempo, y sustitución de la enseñanza presencial por una enseñanza *online*;
- reapertura con más o menos restricciones, incluyendo, por ejemplo, grupos “burbuja” en la enseñanza infantil o primaria, y rotación entre enseñanza presencial y *online* en la enseñanza secundaria y universitaria;
- uso continuo de mascarillas por parte de escolares y profesores, todo el tiempo, incluso en espacios exteriores.

El primer tipo de medidas implicó las mayores restricciones, con duración variable de unos países a otros, o de unas zonas a otras del mismo país, como en EE. UU.<sup>11</sup> En la mayor parte de los países de los que se dispone de datos, los cierres de las escuelas tuvieron lugar, sobre todo, en la primera fase de la pandemia, aunque en una minoría volvió a experimentarse con ellos en otoño e invierno de 2020. De nuevo, el uso de este tipo de medidas presenta bastante variación de unos países a otros.

Los datos del *COVID-19 Government Response Tracker* sobre los días en que estuvieron cerrados todos o una parte (en general, determinados niveles, más bien de secundaria) de los centros escolares ofrecen una pista sobre el alcance de esta medida<sup>12</sup>. Si nos centramos en

<sup>11</sup> Véase, por todos, Buonsenso *et al.* (2021).

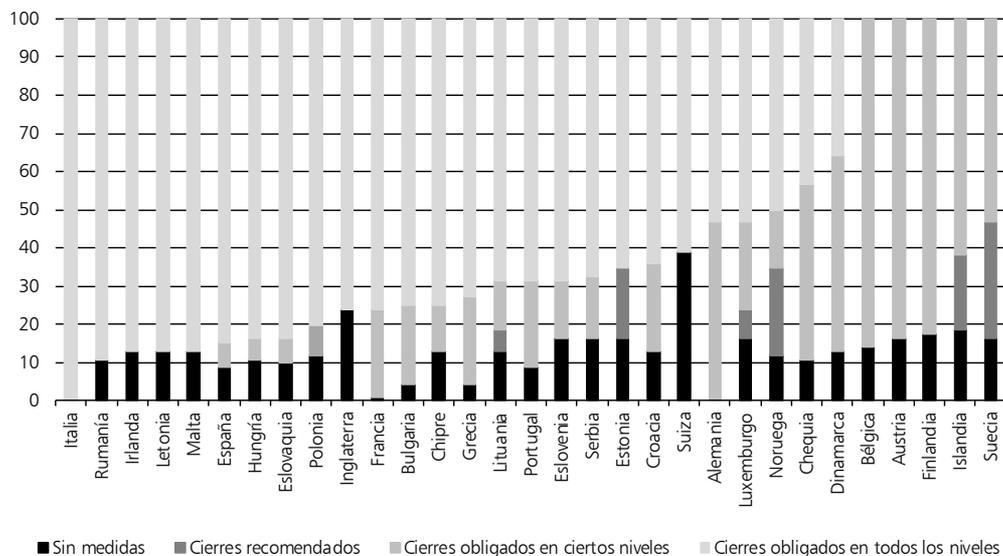
<sup>12</sup> Esta es una pista un tanto limitada, pues resulta evidente que la codificación de los datos españoles no está bien del todo: en España todos los centros, en cualquier nivel, estuvieron cerrados, y la enseñanza presencial sustituida por enseñanza *online*, desde la segunda semana de marzo hasta la vuelta del curso escolar en septiembre, con excepciones para la secundaria y el Bachillerato a final de curso (en la forma de asistencia voluntaria). Sin embargo, en la base de datos hay días de cierre total en octubre que no se corresponden con la realidad, mientras que, por otra parte, codifican como cierre de escuelas el periodo de vacaciones navideño.

los primeros momentos de la epidemia (meses de marzo a mayo, un periodo de 92 días), observamos que no pocos países europeos cerraron todos los centros escolares todo o casi todo el tiempo desde que empezaron a aplicar la medida (Italia, Rumanía, Irlanda, Letonia, Malta, España, Hungría, Eslovaquia, Polonia y el Reino Unido [Inglaterra] cerraron totalmente el 80 por ciento del tiempo o más). Pero también hubo países que nunca cerraron todos los centros, aunque pudieron cerrar parte de ellos en ese periodo, como hicieron Suecia, Islandia, Finlandia, Bélgica y Austria. Entre estos extremos se observa una diversidad de situaciones, si bien abundan los países que cerraron todos los centros más de la mitad del tiempo. Del conjunto considerado (32 países europeos), el total de días con todos los centros cerrados representó, por término medio, el 60 por ciento. En la temporada de otoño-invierno (1 de octubre a 28 de febrero) –y sin tener en cuenta los problemas de codificación de las vacaciones de Navidad–, ese porcentaje cayó al 21 por ciento, lo que indica que la valoración de esta medida tendió a caer claramente, por razones diversas, entre las que se adujo la importancia para niños y adolescentes de la enseñanza presencial. Probablemente también contribuyó a ello el creciente convencimiento de que la transmisión de la enfermedad en los centros de enseñanza no era mayor que en otros entornos, como había mostrado el caso de Suecia (Public Health Agency of Sweden, 2020; von Bismarck-Osten, Borusyak y Schönberg, 2020).

Que los cierres generalizados perdieran relevancia no quiere decir que las escuelas volvieran a la normalidad una vez finalizados los cierres allí donde tuvieron lugar. En España, por ejemplo, además del uso obligatorio de mascarilla todo el horario escolar, en cualquier circunstancia (en el interior de las clases, en el recreo, etcétera), en la educación primaria se ha reducido la *ratio* de alumnos por aula y se ha impedido que los alumnos se relacionen con otros fuera de sus “burbujas”; en la enseñanza secundaria se ha tendido al uso de una enseñanza híbrida, con la mitad de los alumnos en clase y la mitad en casa, siguiendo la clase *online*. Y lo mismo, *grosso modo*, ha ocurrido en la enseñanza universitaria, aunque esto ha dependido del tamaño de los grupos de clase (si no eran muy grandes, solo enseñanza presencial, lo cual se ha aplicado, casi exclusivamente, a los estudios de máster, y no a los de grado).

GRÁFICO 3

**MEDIDAS RESTRICTIVAS DE LA ENSEÑANZA PRESENCIAL  
(PORCENTAJE DE DÍAS, MARZO-MAYO DE 2020)**



Fuente: Elaboración propia con datos de COVID-19: School and Workplace Closures (Ourworldindata.org)..

Aunque todavía carecemos de evaluaciones sólidas, cabe razonablemente pensar que las diversas restricciones de la vida escolar han tenido consecuencias en diferentes dimensiones. Así, el aprendizaje ha debido de resentirse, en mayor o menor medida. No se transita de la noche a la mañana de la enseñanza presencial a la enseñanza *online* sin menoscabo de la enseñanza y el aprendizaje. Los costes de transición, tanto para las escuelas como para los alumnos, han sido muy probablemente notables. En algunos países, las autoridades educativas han venido a reconocer esta problemática aconsejando o induciendo a los centros escolares a ser mucho menos exigentes en las calificaciones y en las decisiones de paso de un curso a otro (en España, por ejemplo). Puede que la enseñanza presencial fuera subóptima en muchos o bastantes países, pero no hay ninguna garantía de que los modelos híbridos implantados en bastantes países a lo largo del presente curso la hayan mejorado. No son modelos híbridos elegidos voluntariamente, sobre la base de experimentaciones previas y el convencimiento de que

esas experiencias han generado resultados suficientemente mejores. Son modelos impuestos a un profesorado y a un alumnado acostumbrado durante muchos años a pautas de enseñanza completamente distintas. Todo ello ha ocurrido, además, ante un horizonte de incertidumbre, pero ante la expectativa más probable de que en uno o dos cursos se volvería a algo parecido a la normalidad de la enseñanza presencial (como indican las cifras de cierres de escuelas vistas más arriba); es decir, con unos modelos híbridos u *online* que casi todos han debido de ver, correctamente, como provisionales.

Que niños y adolescentes han dedicado menos tiempo a actividades de enseñanza ha quedado ya bastante claro. En Inglaterra, según encuestas de uso del tiempo, en 2014-2015 los estudiantes de educación primaria dedicaron una media de unas seis horas diarias a actividades educativas, y los de educación secundaria, alrededor de seis horas y media. Durante el tiempo de confinamiento (primavera de 2020), se redujeron a cuatro y media en ambos casos

(Andrew *et al.*, 2020). Hanushek y Woessmann (2020), en un texto publicado en septiembre de 2020, recogen algunas de las evidencias empíricas de pérdida de tiempo de aprendizaje debida a los cierres de centros escolares, y, asumiendo que un menor tiempo de escuela conduce a un menor aprendizaje, llevan a cabo una primera estimación de gran pérdida de ingresos personales y de un PIB que crecería claramente menos que lo habría hecho en ausencia del menor aprendizaje.

A corto plazo, quizá la evidencia más sólida de pérdidas de aprendizaje la proporcionan Engzell, Frey y Verhagen (2021). Utilizan datos de los Países Bajos, y aprovechan que los exámenes nacionales tuvieron lugar antes y después del confinamiento para comparar la variación de los resultados en educación primaria en ese tiempo con lo que debería haber ocurrido si se hubieran mantenido las pautas de los tres años anteriores. El cierre de las escuelas duró ocho semanas y, como recuerdan, el acceso a la banda ancha en los hogares holandeses es de los más altos del mundo. Sin embargo, esa comparación resulta en una pérdida de rendimiento equivalente a un quinto de un curso escolar, justo el tiempo que las escuelas estuvieron cerradas.

Probablemente, las pérdidas serán mayores cuanto más tiempo se mantenga la situación de excepcionalidad. Por ejemplo, el distrito escolar unificado de Los Ángeles (LAUSD) ha transferido toda la enseñanza presencial a la modalidad *online* desde marzo de 2020. Tal como se describe en Great Public Schools Now (2021), los retrasos en el aprendizaje son evidentes en todos los niveles. A título de ilustración, a comienzos del curso 2019-2020, un 59 por ciento de los alumnos de los niveles K-5 (jardín de infancia + cinco primeros cursos de primaria) seguía el ritmo adecuado en habilidades de lectura temprana; a comienzos del curso 2020-2021, el porcentaje había caído al 49 por ciento, y a mediados ese curso seguía estancado en el 49 por ciento.

No es arriesgado pensar que los cierres escolares y el resto de las medidas restrictivas de la vida escolar han afectado a las pautas de socialización primaria de niños y adolescentes (y jóvenes), aunque, obviamente, es difícil afirmar si esas consecuencias tendrán efectos a largo plazo. El cierre de centros de educación

infantil, primaria y secundaria impide el funcionamiento normal de una de las principales formas de socialización primaria, la inserción en el grupo de iguales, más relevante para adolescentes y jóvenes que para niños (Harris, 2009). También la dificultan las restricciones a los contactos en los centros escolares, incluyendo, en especial, los contactos libres y poco pautados en los recreos y los cambios de clase. La enseñanza híbrida trastoca asimismo las pautas tradicionales de formación de grupos de iguales e integración en estos. El uso obligatorio de mascarillas también puede afectar a esos patrones de socialización.

Cabe, por otra parte, suponer que el confinamiento en el hogar habrá incitado a adolescentes y jóvenes a intensificar sus contactos *online* (por ordenador o por teléfono) con el grupo de iguales. O, simplemente, que habrá estimulado formas de entretenimiento más pasivas, más vinculadas al consumo de lo que llega a través de las pantallas, y menos al desarrollo de las capacidades físicas (deportes), con hipotéticas consecuencias en la salud de niños y adolescentes.

El cierre de escuelas, que ha solido coincidir con confinamientos bastante estrictos, ha dado lugar a una suerte de experimento en las formas de crianza paterna (o de socialización primaria familiar). A lo largo de bastantes semanas o meses, padres e hijos pequeños, adolescentes y jóvenes (en los países en que los jóvenes siguen viviendo con sus padres) han compartido el hogar a lo largo de todo el día, desplegando una forma de relación extraña en la historia de la especie humana. Como mucho, a lo largo de la historia de la especie, las madres, si acaso, han pasado mucho tiempo con sus hijos lactantes o apenas abandonada la lactancia. Pero, desde luego, no ha sido en hogares como los actuales, y no solo acompañadas de los miembros de una familia "nuclear". Ha sido mucho más habitual que los niños pasasen mucho tiempo con otros niños, en espacios abiertos, si acaso con una vigilancia distante de adultos que no tenían por qué ser sus padres, y, más bien, bajo el cuidado de hermanos, primos o vecinos mayores. Y los que hoy llamamos "adolescentes" –grupo etario que, en el fondo, podría decirse que surgió en la edad contemporánea con la extensión de la escolarización (Pérez-Díaz y Rodríguez, 2008)– han desarrollado su vida integrándose paulatinamente en el mundo (del trabajo) adulto, o,

en el último siglo, en el marco de la vida escolar, en una forma novedosa de socialización primaria entre iguales (y secundaria en la forma de la generalización de la escolarización). O, más recientemente, prolongando al mundo de las nuevas redes sociales su socialización en el grupo de iguales, más extenso que en el pasado. Pero nunca han convivido tantas horas del día, tantas semanas o meses con sus padres, tan cerca unos de otros.

Qué consecuencias a largo plazo tendrán esos trastornos de las pautas de socialización es todavía incierto. El temor que han expresado algunos especialistas se refiere a que, en lugares con confinamientos y cierres prolongados (o no tanto) de escuelas, hayan crecido las adicciones a drogas y los trastornos mentales de varios tipos (incluyendo ideaciones o tentativas de suicidio) entre los adolescentes previamente más vulnerables. Por ahora, la evidencia es bastante insuficiente; aún no contamos con las series de datos necesarias para establecer comparaciones estrictas<sup>13</sup>.

A esos cambios hay que añadir los posibles efectos que haya podido tener en la socialización de niños, adolescentes y jóvenes, el vivir en lo que es difícil no calificar como un estado de miedo, o, al menos, de promoción sistemática del temor al contacto mínimo con los demás por parte de los medios de comunicación de masas. Seguramente, los adultos cercanos han aplicado algunos filtros a esos machacantes mensajes, pero esos filtros habrán variado de un país a otro, siendo más eficaces en algunos, y menos en otros. Los propios niños, adolescentes y jóvenes habrán desarrollado cierta distancia de los insistentes mensajes de miedo, algo tanto más fácil cuanto más se haya parecido la vida bajo las restricciones ligadas a la pandemia a la vida anterior. En este sentido, haber vuelto a clase tras algunas semanas o, al menos, al comenzar el nuevo curso, puede haber sido decisivo. O, más sencillamente, nunca haber dejado de ir a clase, como ocurrió en algunos países con los niños de enseñanza infantil o primaria.

Quizá el estado de miedo y ansiedad haya sido más propio de los adolescentes y los jóve-

<sup>13</sup> Véase, sobre las tendencias en el número de suicidios y la cautela acerca de los datos presentes y las posibles tendencias futuras, John *et al.* (2020) y las referencias ahí incluidas. Véase también Appleby (2021).

nes, más conscientes de los mensajes de prevención y de la posibilidad (subrayada una y otra vez por los medios) de que su comportamiento inadecuado pudiera “matar” a sus padres o a sus abuelos. La precaución, la cautela, la seriedad y hasta un punto de obsesión por cumplir las normas sanitarias no han estado ausentes entre los jóvenes universitarios, como han podido comprobar muchos profesores que han impartido docencia presencial.

De nuevo, es muy probable que las restricciones escolares hayan producido efectos desiguales según el nivel sociocultural de las familias, y, más allá de ese nivel, según las capacidades intelectuales de los alumnos. La habituación a los nuevos modos de enseñanza, *online* o híbridos, ha debido de ser menos difícil para los niños y adolescentes de familias con nivel sociocultural alto, siquiera sea porque los equipamientos informáticos e internáuticos de sus hogares estaban más a tono con los nuevos tiempos, a lo que habría que añadir las mejores condiciones de sus hogares para convertirse en una suerte de “centros de enseñanza”, la probablemente mayor autodisciplina de los hijos de esas familias (más necesaria en condiciones de enseñanza a distancia), y la mayor capacidad de los padres para suplir las tareas de supervisión (o, directamente, de enseñanza) que los profesores no han podido desempeñar. Asimismo, las dificultades han sido verosímilmente mayores para los alumnos a quienes más cuesta, por así decirlo, ser “dueños” de su propio aprendizaje, y más requieren el entorno estructurado de una escuela, la atención cercana y personal de un profesor y/o el sentirse formando parte de grupos de compañeros.

De hecho, el estudio sobre los estudiantes de educación primaria de los Países Bajos apunta a que el déficit de aprendizaje puede llegar a ser un 60 por ciento mayor entre los estudiantes con padres con un menor nivel educativo. Asimismo, las pérdidas en el ritmo de aprendizaje de la lectura en LAUSD son claramente mayores entre los estudiantes afroamericanos (con un descenso del 17,3 por ciento del porcentaje que seguía el ritmo adecuado) y latinos (con un 20 por ciento de semejante descenso) que entre los blancos y los asiáticos (con un 6,7 por ciento y un 2,5 por ciento de descenso, respectivamente).

5. OTRAS CONSECUENCIAS: APUNTES, HIPÓTESIS Y (MUCHAS) PREGUNTAS

Como se ha señalado, este texto representa un avance de una investigación en curso en la que se aplica la perspectiva planteada al comienzo a un conjunto de posibles consecuencias sociales de la pandemia y, sobre todo, de las medidas adoptadas para afrontarla. En esta última sección se anotan sintéticamente algunas de las líneas que sigue explorando esa investigación, más allá, obviamente, de aquilatar los resultados provisionales expuestos más arriba. Téngase en cuenta que algunas de esas líneas no van más allá de planteamientos genéricos, no siempre con un sólido sustento teórico o empírico; y también que, desde luego, para responder a las preguntas habrá que considerar muy en primer término la variación de la experiencia de unos países a otros.

5.1. Distanciamiento social

Ya se ha apuntado que las consecuencias de las medidas restrictivas han debido de ser muy diversas de unos segmentos sociales a otros. Unos (profesionales, cuellos blancos, nuevas clases medias) han podido ajustarse mejor e, incluso, acomodarse con satisfacción y gusto a lo que se está denominando “cultura del Zoom”, tomando el nombre de una de las herramientas de reuniones *online* más utilizadas el último año. Otros (trabajadores de servicios de cara al público, de contacto directo con los clientes, industriales, de reparto, pequeños empresarios, etc.) han seguido trabajando en el “mundo real”, en buena parte, sirviendo a los cobijados en sus casas.

¿Es esta diferente experiencia, y el poso que pueda dejar, un indicio de una creciente distancia social entre clases o grupos sociales? ¿Es un indicio de que los modos de vida y los rasgos culturales de los unos y los otros divergen cada vez más? Si lo es, es problemático, y la experiencia de vida bajo los confinamientos y el resto de las restricciones se añadiría a algunas tendencias de aumento de la desigualdad que pueden ser preocupantes si lo que se pretende es mantener algunos acuerdos básicos –digamos,

interclasistas–, como los que han sostenido la vida económica y política del mundo occidental en los últimos setenta años.

5.2. Vínculos sociales

Es bastante evidente que, a lo largo del último año, en muchísimos países se han reducido a un mínimo los contactos directos (en presencia física) con quienes no forman parte del propio hogar, incluyendo los contactos directos con familiares no convivientes. Y los que se han mantenido, en muchos sitios y durante mucho tiempo, han tenido lugar “a distancia”, no social, sino, más bien, fisiológica, y a través de barreras como las omnipresentes mascarillas. Obviamente, hemos procurado sustituirlos o complementarlos con contactos “no contagiosos”, es decir, con contactos telefónicos u *online*.

Algunas de las preguntas pertinentes al respecto son las siguientes. ¿La menor cantidad de contactos y la diferente calidad de estos han debilitado las relaciones subyacentes a esos contactos? ¿Se recuperarán esas relaciones del mismo modo cuando retorne la vida normal? ¿Cuántos no han podido sustituir los contactos directos por los intermediados tecnológicamente? ¿Cuánto ha podido crecer la soledad de la gente? ¿Volverán los niveles de soledad a las cotas anteriores a la pandemia? ¿Cuántos habrán optado por mantener voluntariamente la reclusión y prescindir de modo indefinido de los contactos contagiosos? ¿En qué medida habremos adquirido una suerte de reflejo condicionado de modo que, ante el retorno de los “casos de coronavirus”, que se producirá en mayor o menor medida, adoptaremos, inmediata y quizá exageradamente, la reacción de distanciamiento?

En un sentido contrario, puede plantearse la hipótesis de que haber atravesado unas circunstancias difíciles manteniendo suficientemente el contacto con los próximos pueden haberse reforzado los vínculos, que habrían sobrevivido a una experiencia para muchos traumática.

Harrington (2021) sintetiza muy bien la problemática de la quiebra de los vínculos socia-

les directos: “Entre el ‘yo’ como individuo y el ‘nosotros’ en la gran escala de la política nacional o internacional, reside la mayor parte de la sociedad humana: clubes, grupos parroquiales, asociaciones voluntarias, el conjunto de la vida orgánica de las comunidades, grandes y pequeñas. Todo eso se basa en conexiones sociales de igual a igual; todo ello lo detuvo abruptamente el confinamiento”.

### 5.3. Acuerdos intergeneracionales

Nuestras sociedades no están construidas solo sobre acuerdos interclasistas, sino también, siquiera implícitamente, sobre acuerdos intergeneracionales o, más bien, entre grupos definidos por la edad. Un elemento del balance que seguramente estemos haciendo ya de la experiencia del último año tiene que ver con esos acuerdos implícitos y con los costes inmediatos que han tenido que asumir y que tendrán que asumir esos grupos etarios. ¿Qué nos dice el modo de afrontar la pandemia acerca del lugar de los ancianos en nuestras sociedades?<sup>14</sup> ¿Qué nos dice el haber limitado tantísimo la vida de los niños y de los más jóvenes, que apenas han sufrido la enfermedad? ¿Qué reflexión estarán haciendo al respecto los unos y los otros?

### 5.4. Confianza en los demás

Surge también la pregunta sobre el impacto de la experiencia de la pandemia y sus restricciones en el grado de confianza en los demás, uno de los componentes del capital social que facilita el funcionamiento civilizado de nuestras sociedades. Da la impresión de que algunas de las experiencias cotidianas recurrentes no han debido de hacer mucho por el cultivo de esa confianza. ¿Ha calado el sentimiento de que el otro que se acerca por la calle, con el que te cruzas en el metro o que se sienta a tu lado en un banco en el parque es un (peligroso) “vector de contagio”? ¿En cuánta gente? ¿Hasta qué punto nos hemos acostumbrado a la exhibición de la virtud de comportarse “correctamente” y al señalamiento de conductas inapropiadas en los demás? ¿A cuánto señalamiento de lo que vemos como inapropiado en los demás nos hemos acostumbrado?

<sup>14</sup> Véase, al respecto, Pérez-Díaz (2021).

## 5.5. La esfera pública

Resulta bastante obvio que el debate público se ha centrado enormemente en una única cuestión, la pandemia. Los medios de comunicación de masas tradicionales (prensa, radio y televisión) han aprovechado, probablemente, para recuperar parte de las glorias perdidas, poniendo en práctica una de sus habilidades centrales, la difusión (hoy día, *non-stop*) de noticias (partiendo del supuesto de que las buenas noticias no son noticia, o lo son en menor medida). Todavía hoy, en España al menos, los informativos suelen comenzar contando el número de nuevos casos o de fallecidos por COVID-19 registrados el día anterior, casi siempre sin contexto y resaltando los acontecimientos o hallazgos negativos, y a menudo pasando de puntillas por los positivos.

¿Ha contribuido ese estilo de prensa a conformar una ciudadanía más informada sobre, por ejemplo, los riesgos de una epidemia como la presente y/o sobre las medidas para afrontarla? ¿O ha contribuido, más bien, a mantenerla en un estado de temor y desasosiego más favorable a sentimientos de impotencia o indiferencia que a reacciones razonables? ¿En qué medida acabamos aceptando como normal ese clima de opinión de prevención y desasosiego transmitido desde los medios o a través de ellos? ¿O se ha convertido todo ello en un ruido o un zumbido de fondo, que acabamos descontando como descuentan sus acúfenos quienes los sufren?

Cabe preguntarse también por la medida en que en el debate público mantenido en esos medios tradicionales y en los nuevos (redes sociales como Twitter o Facebook) ha primado lo que ha parecido en cada momento el consenso de políticos y los expertos que les asesoraban, y se han descuidado, o acallado, voces razonables, pero discordantes, de otros expertos que demasiado rápidamente se han tildado de “negacionistas”. Diríase que se ha desplegado una “espiral del silencio” (Noelle-Neumann, 1984) contra quienes no compartían en su totalidad aquel consenso, erigido en la única posición que se podía expresar en público sin temor al aislamiento social. Si es así, ¿puede bajo semejantes circunstancias conformarse una discusión pública civilizada en la que se pongan

en juego las perspectivas necesarias para lidiar con fenómenos nuevos, de desarrollo y solución inciertos?

### 5.6. Ciudadanía, Estado y clase política

Si hay algo que llama la atención del comportamiento de la gran mayoría de los ciudadanos en numerosos países, ha sido la gran aquiescencia con que han aceptado y siguen aceptando enormes restricciones de sus libertades que habrían sido inimaginables pocos años atrás. ¿Cuánto ha influido en ello el estado de temor y desasosiego antes apuntado? ¿Qué nos dice de la cultura política “real” de la ciudadanía de los países democráticos más desarrollados? ¿Han aceptado los ciudadanos todas esas medidas porque están acostumbrados a esperar que los gobiernos hagan cosas, cualquier cosa, para solucionar los problemas? En tal caso, ¿en qué medida pueden estar aprovechando las clases políticas correspondientes la coyuntura para reequilibrar a su favor las relaciones entre el Estado y la sociedad? ¿O no hay, en el fondo, tanta aquiescencia y se trata de una aceptación temporal de un “estado de emergencia” que se sabe que terminará, volviendo todo a la normalidad? ¿O lo han aceptado porque, en algunos países más que en otros, han conseguido mantener espacios o burbujas de cuasi normalidad?

La investigación en curso quizá no pueda más que aproximarse a una respuesta provisional a bastantes de esas preguntas, del estilo de las ensayadas acerca de las consecuencias de las medidas contra la pandemia para el empleo, para la salud y para la enseñanza, pero no está de más dejarlas planteadas.

Quizá resuenen algo esas preguntas en los lectores, que podrán hacerlas suyas en alguna medida, e ir respondiéndolas por su cuenta, en sus propias reflexiones, o en las conversaciones cotidianas que han de formar parte del “hacer balance” referido más arriba. En este sentido, este artículo no es más que una modesta contribución a la necesaria conversación sobre la vivencia de la pandemia y las restricciones que la han acompañado en el último año.

### BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DE DATOS

ALLEN, D. W. (2021). Covid lockdown cost/benefits: a critical assessment of the literature. Recuperado de: <http://www.sfu.ca/~allen/LockdownReport.pdf>

ANDREW, A. et al. (2020). Family time use and home learning during the COVID-19 lockdown. *IFS Report*, R178.

APPLEBY, L. (2021). What has been the effect of covid-19 on suicide rates? *British Medical Journal*, 372, n834.

ATKESON, A., KOPECKY, K. y ZHA T. (2020). Four stylized facts about COVID-19. *NBER Working Paper Series*, 27719.

BAGUS, P., PEÑA-RAMOS, J. A. y SÁNCHEZ-BAYÓN, A. (2021). COVID-19 and the political economy of mass hysteria. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18, p. 1376.

BENDAVID, E., OH, C., BHATTACHARYA, J. y IOANNIDIS, J. P. A. (2021). Assessing mandatory stay-at-home and business closure effects on the spread of COVID-19. *European Journal of Clinical Investigation*, 51(4), p. 13484.

BERRY, C. R., FOWLER, A., GLAZER, T., HANDEL-MEYER, S. y MACMILLEN, A. (2021). Evaluating the effects of shelter-in-place policies during the COVID-19 pandemic. *PNAS*, 118(15), e2019706118.

BJØRNSKOV, C. (2021). Did lockdown work? An economist’s cross-country comparison. *CESifo Economic Studies*, ifab003.

BROOKES, K., LELEU, H. y SBAIHI, M. (2021). Années de vie gagnées, années de vie perdues- Une analyse coûts/bénéfices des confinements Covid-19. *Generation Libre. Note d’analyse*.

BUONSENSO, D. et al. (2021). School closures during the COVID-19 pandemic. *The Pediatric Infectious Disease Journal*, 40(6), e146-e150.

CHUDIK, A., PESARAN, M. H. y REBUCCI, A. (2021). COVID-19 time-varying reproduction numbers worldwide: An empirical analysis of

mandatory and voluntary social distancing. *NBER Working Paper Series*, 28629.

DE LAROCHELAMBERT, Q., MARC, A., ANTERO, J., LE BOURG, E. y TOUSSAINT, J.-F. (2020). Covid-19 mortality: a matter of vulnerability among nations facing limited margins of adaptation. *Frontiers in Public Health*, 8, 604339.

ENGZELL, P., FREY, A. y VERHAGEN, M. D. (2021). Learning loss due to school closures during the COVID-19 pandemic. *PNAS*, 118(17).

EUROSTAT. Population and employment [NAMQ\_10\_PE].

EUROSTAT. GDP and main components (output, expenditure and income) [NAMQ\_10\_GDP].

GREAT PUBLIC SCHOOLS NOW (2021). *Educational recovery now. LA's children and schools need a comprehensive plan.*

HANUSHEK, E. A. y WOESSMANN, L. (2020). *The economic impacts of learning losses.* OECD.

HARRINGTON, M. (2021). We're living in a pornstars' world. *Unherd*, 25 de marzo.

HARRIS, J. R. (2009). *The nurture assumption: why children turn the way they do.* Nueva York: Free Press.

INE. *Encuesta de Población Activa.*

JOFFE, A. R. 2021. COVID-19: Rethinking the lockdown groupthink. *Frontiers in Public Health*, 9, 625778.

JOHN, A., PIRKIS, J., GUNNELL, D., APPLEBY, L. y MORRISSEY, J. (2020). Trends in suicide during the covid-19 pandemic. *British Medical Journal*, 371, m4352.

KNOX, T. y McCONALOGUE, J. (2020). The cost of the cure. *Civitas Working Paper.*

MAGNESS, P. W. y EARLE, P. C. (2021). The origins and political persistence of COVID-19 lockdowns. *The Independent Review*, 25(4), pp. 503-520.

NOELLE-NEUMANN, E. (1984). *The spiral of silence. Public opinion - our social skin.* Chicago: University of Chicago Press.

OUR WORLD IN DATA. COVID-19. Stringency index. <https://ourworldindata.org/covid-stringency-index>

OUR WORLD IN DATA. COVID-19. School and Workplace Closures. <https://ourworldindata.org/covid-school-workplace-closures>

PÉREZ DÍAZ, V. (2021). Europa, una vorágine y un salto: en una crisis de complejidad creciente, cómo descender y ascender del abismo. *ASP Research Papers*, 124a/2021.

PÉREZ-DÍAZ, V. y RODRÍGUEZ, J. C. (2008). *La adolescencia, sus vulnerabilidades y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.* Madrid: Fundación Vodafone España.

PÉREZ-DÍAZ, V. y RODRÍGUEZ, J. C. (2017). *El futuro del trabajo: nuevos trabajadores, nuevos ciudadanos.* Madrid: Fundación Rafael del Pino.

PUBLIC HEALTH AGENCY OF SWEDEN (2020). *COVID-19 in schoolchildren. A comparison between Finland and Sweden.* Recuperado de: <https://www.folkhalsomyndigheten.se/publikerat-material/publikationsarkiv/c/covid-19-in-schoolchildren/>

RODRÍGUEZ, J. C. (2015). Pobreza, desigualdad y movilidad en España: una perspectiva diacrónica y comparada. En M. MARÍN (Dir.), *Desigualdad, oportunidades y sociedad de bienestar en España* (pp. 41-72). Madrid: FAES.

SAVARIS, R. F., PUMI, G., DALZOCCHIO, J. y KUNST, R. (2021). Stay-at-home policy is a case of exception fallacy: an internet-based ecological study. *Scientific Reports*, 5313.

SEBHATU, A., WENNBORG, K., ARORA-JONSSON, S. y LINDBERG, S. I. (2020). Explaining the homogeneous diffusion of COVID-19 nonpharmaceutical interventions across heterogeneous countries. *PNAS*, 117(35), pp. 21201-21208.

THE HUMAN MORTALITY DATABASE. <https://www.mortality.org/>

VON BISMARCK-OSTEN, C., BORUSYAK, K. y SCHÖNBERG, U. (2020). The role of schools in transmission of the SARS-CoV-2 Virus: quasi-experimental evidence from Germany. *Discussion Paper Series*, CDP 22/20.

WORLD MORTALITY DATASET. [https://github.com/akarlinsky/world\\_mortality/blob/main/coverage\\_map\\_title\\_fixed.png](https://github.com/akarlinsky/world_mortality/blob/main/coverage_map_title_fixed.png)